

El binomio escritura-lectura

Hacia la época en que se liberan los virreinos españoles de América, o sea, en el primer cuarto del siglo XIX, se plantea en España, por Mariano José de Larra, el célebre Figaro, precursor del movimiento que se produce en las letras españolas al final del siglo, hacia 1898, con la independencia de las últimas colonias, aquel agudo dilema, más que dilema, callejón sin salida: “¿En España, no se lee porque no se escribe o no se escribe porque no se lee?”. Actualmente, tan desesperada disyuntiva, en la misma península y desde luego en las dieciocho repúblicas hispanoamericanas ha sido contestada y superada, se ha convertido en el fenómeno que me permití señalar en un artículo anterior sobre la República de las Letras: “En Hispanoamérica, incluyendo a España, se escribe más que se lee”.

Bien pensado este fenómeno parece universal. Y no atañe sólo a las letras, tendré ocasión de volver sobre esto. Es evidente, sin embargo, que el desequilibrio proporcional cuantitativo, entre escritores y lectores no puede tener las mismas consecuencias en los países donde la cantidad de lectores ha constituido ya una base sólida, encima de la cual la superabundancia de escritores sirve a la depuración, que en los países donde la cantidad no llega a constituir dicha base y no puede transformarse en una cuestión de calidad, porque es una cuestión de vida o muerte.

Para aumentar el número de lectores, se piensa enseguida, hay que combatir al analfabetismo. Por muchos motivos este combate es indispensable pero no es un remedio seguro contra la ausencia de lectores. En las repúblicas hispanoamericanas hay letrados suficientes para formar grandes públicos de las letras. Los peores analfabetos, como decía Unamuno, no son los que no saben leer, sino los que saben leer y no leen. Analfabeto no quiere decir inculto. El

pueblo analfabeto de la cristiandad en la Edad Media sabía más de su religión que los católicos alfabetizados de hoy. Éstos no leen más que el catecismo, no leen la Biblia. El pueblo cristiano de la Edad Media aprendía la Biblia al detalle en los retablos, relieves y esculturas de las catedrales. (El esteta inglés prerrafaelista Ruskin hablaba de la Biblia de Amiens, refiriéndose a la catedral gótica de esta ciudad francesa.) La cultura por la imagen está volviendo con la televisión; nadie con autoridad se atreve a negar que pueda sustituir, y más pronto de lo que puede creerse, a nuestra cultura escrita. Paul Valéry ya lo admitía.

Otros remedios, las facilidades de edición y distribución del libro, etc..., son también indispensables. Desgraciadamente corresponden a los gobiernos, se quedan en proyectos. Los escritores, si tienen vitalidad, han de actuar ellos mismos. Supongamos que se constituye la República de las Letras en la que figuren los escritores más reconocidos, los profesores más escuchados, lo que más cuenta en la inteligencia hispanoamericana. Semejante instituto podría calar hondo en el binomio escritura-lectura. La mente del hombre no se hace en las primeras letras ni en los altos estudios de las Universidades y Escuelas Superiores. Se hace en la llamada segunda enseñanza o enseñanza media, que en la Europa continental llega hasta la obtención del grado de bachiller y por eso se le llama asimismo bachillerato. Es la enseñanza que, como consecuencia de la formidable fuerza científica rápidamente levantada y generalizada en la Unión Soviética, está transformándose ahora en todas las naciones. La República de las Letras, la decimonovena de las repúblicas hispanoamericanas, estaría llamada a establecer un programa de enseñanza media, común para toda Hispanoamérica.

La expresión que de ello tomaría el binomio literario merece artículo aparte.

(*Expreso*, 18 de diciembre de 1962)